

CAPITULO II

CABALLOS DE CAZA



o ha hecho el hombre más noble conquista que la de este fiero y fogoso animal, con quien divide las fatigas de la guerra y la gloria de los combates. Intrépido al par que su dueño, el caballo ve el peligro y lo arrostra, acostúmbrese al ruido de las armas, lo ama, lo busca y se reviste del mismo ardor que anima al hombre. Participa igualmente de los placeres de éste, y brilla con igual fuego en la caza, en los torneos y en la carrera; pero, tan dócil como animoso, no se deja llevar de su fogoso ardor, sabe reprimir sus naturales ímpetus, y no solamente sabe dominarse bajo la mano de su guía, sino que parece consultar sus deseos, y, obedeciendo constantemente las impresiones que de él recibe, precipitase, modérase, párase y obra únicamente según la voluntad

Tomo IV.—Caza mayor y menor

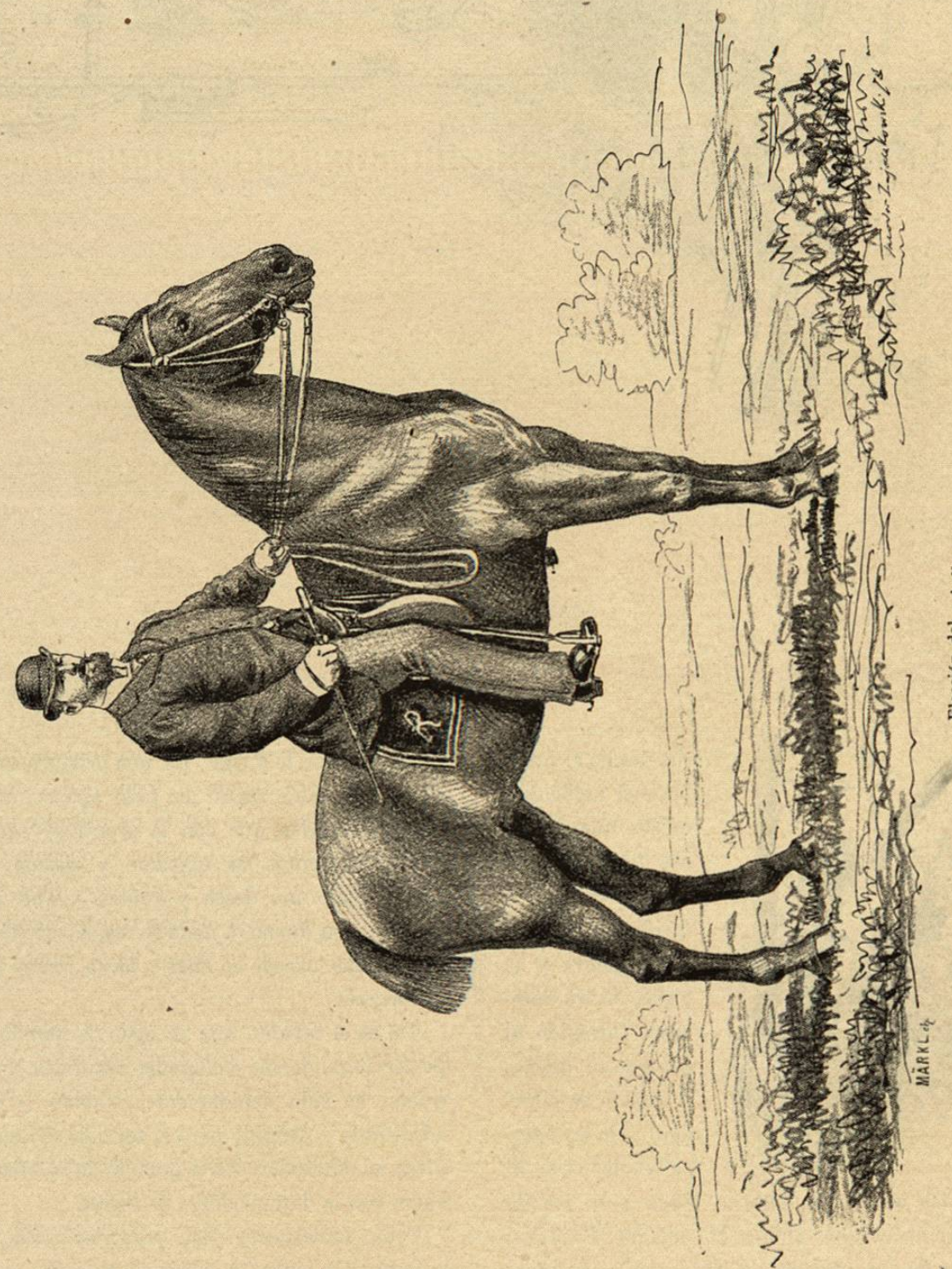
de aquél que le dirige. Es una criatura que renuncia de su ser para seguir en todo ajenas impresiones y aun prevenirlas; que con la prontitud y precisión de sus movimientos las exprime y ejecuta ni más ni menos como uno desea y quiere; y que, sumiso sin reserva á su dueño, á nada se resiste: sírvelo con todas sus fuerzas, excede en ellas y hasta muere para mejor obedecerle.

Tal es el caballo, que el arte ha sabido amaestrar perfeccionando sus cualidades naturales, y que de pequeño ha sido debidamente cuidado, y en seguida adiestrado y dirigido para el servicio del hombre. Empieza su educación con la pérdida de su libertad, y concluye con la dominación y la fuerza.

Como actualmente están poblados y casi igualmente habitados todos los países de Europa, ya no se encuentran en ella caballos salvajes; además de que estos animales son por su naturaleza mansos y muy capaces de familiarizarse con el hombre y llegan á ser su compañero, como que no hay ejemplar de que ninguno de ellos abandone nuestras casas para retirarse á los bosques ó á los desiertos; muy al contrario, se les nota un continuo anhelo de volver á su morada, á pesar de no

hallar en ella sino un grosero y siempre igual alimento, más arreglado comunmente por la economía que por su propio apetito; pero su suavidad y la costumbre suplen por lo que en esta parte les falta. De ahí es que

todos sus hábitos proceden casi enteramente de su educación, y esta educación supone un trabajo y cuidado que no se toma el hombre por ningún otro animal, pero del que se ve recompensado ampliamente por los



Elección del caballo

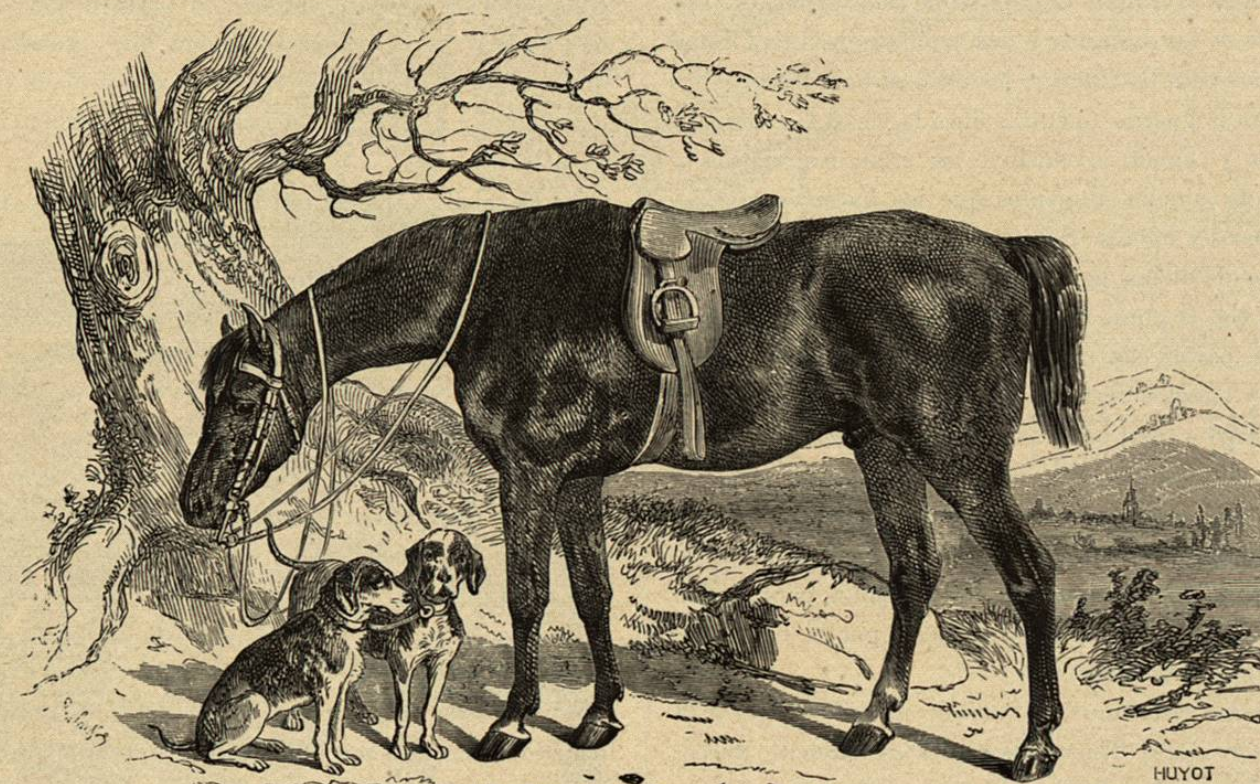
continuos servicios que este noble bruto le presta.

De todos los animales el caballo es el que con mayor tamaño tiene más elegancia y proporción en todas las partes de su cuerpo; porque si se le compara con los que le son inmediatamente superiores ó inferiores, se advertirá, desde luego, que el asno tiene malas propor-

ciones, el león cabeza demasiado abultada, el buey las piernas delgadas y cortas atendido el tamaño de su cuerpo; que el camello es disforme, y que los animales más corpulentos, como el rinoceronte y el elefante, no son, por decirlo así, más que unas informes masas. La causa principal de la diferencia entre la cabeza de los

cuadrúpedos y la del hombre consiste en la longitud de las quijadas, siendo este también el carácter más innoble de todos. No obstante, aunque las quijadas del caballo sean muy prolongadas, no tiene la imbecilidad del asno, ni la estupidez del buey, antes bien las regulares proporciones de su cabeza le dan un cierto aire noble y ligero, sostenido por la belleza de su cuello. El caballo parece quiere hacerse superior á su cualidad de bruto en la manera arrogante con que levanta su

cabeza, en aquella noble actitud con que mira al hombre cara á cara, en sus centellantes y desparpados ojos, en sus orejas bien formadas y de una justa proporción, que sin ser tan cortas como las del toro no son tampoco extremadamente largas como las del asno; en aquellas crines que hermoheando su cabeza adornan su cuello y le dan aquel aire de fuerza y de fiera arrogancia; en la cola colgante y espesa que cubre y termina tan ventajosamente la extremidad de su cuerpo,



Caballo de caza

y tan diferente de la reducida cola del ciervo, elefante, etc., y de la pelada cola del asno, del camello, del rinoceronte y otros. La cola del caballo está formada de espesas y largas crines que parece salen de su grupa, y, si no puede levantarla al igual del león, le cae mejor cuando la baja, y le sirve para librarse de las moscas que le importunan; pues aunque su piel es muy fuerte y enteramente cubierta de un pelo áspero y apretado, es, sin embargo, muy sensible.

Júzgase con bastante exactitud del natural estado de un animal por medio del movimiento de sus orejas, pues vemos que cuando marcha inclina la punta hacia adelante. El caballo cansado tiene caídas las orejas; el colérico ó maligno las dirige alternativamente una hacia atrás y otra hacia adelante: todos las inclinan hacia la parte donde oyen algún ruido, y las extienden

hacia atrás cuando se les da algún golpe en la espalda ó la grupa.

Una de las cosas más importantes de conocer es la edad de los caballos. Los viejos tienen de ordinario los hoyos huecos, pero este indicio es equívoco: la dentadura es lo único que puede darnos un conocimiento más exacto de la edad de los caballos. Éstos tienen cuarenta dientes, esto es, veinticuatro molares, cuatro caninos y doce incisivos. Las yeguas carecen de dientes caninos ó los tienen muy cortos. Para juzgar de la edad del caballo no se debe contar con las muelas, sino por los dientes incisivos, y en seguida por los caninos. Desde los diez hasta los trece ó catorce años hay pocos indicios de la edad, pero entonces empiezan á encañecerse algunos pelos de las cejas. Puede igualmente conocerse, aunque con menos precisión, la edad de un